

Mil rostros por un tenedor

Víctor Bernal García*

Creo estar listo para darle fin a todo, me he percatado de lo mucho que me ha afectado. Estimo poder detenerme, es el comienzo ideal para despedirme, para comenzar de nuevo y para olvidarlos, más porque lo he visto en quienes me rodean; mi hermana, mis tías y mi madre me dijeron que era lo correcto, creyeron que sería la acción perfecta en el momento adecuado.

Aún con eso entre manos, se supone que el lunes debo llegar temprano para barrer y trapear. Para arribar y levantar rejas, mover las mesas y redirigir mis acciones hacia el lavado de los trastes que haya dejado mi hermana la noche anterior.

Deberé arreglarme a mí previo a todo lo demás, deberé sostener mi presentación a la medida y deberé encender la radio en aquella estación que tanto les molesta para después llevar a cabo todas esas cosas de suma meticulosidad, aquellas que en efecto ignoran todos los del local. Deberé afilar bien mi bigote frente al espejo, quizá me echaré un remojón para calmar mi hedor y seguramente comenzaré de nuevo. Tal y como el otro día.

El día en que contemplé cómo todos anteponían sus piernas por encima de mi propiedad, yo me hallaba picando todas las verduras de la sopa. La debía preparar antes de invitarlos a pasar. Después les pregunté por todos los lunes y fingí tener la razón de cómo es que se sentían. Escuché atento por lo bien o mal que pudiesen estar e imaginé todas sus aflicciones diurnas de la escuela. Mágicamente, de un instante a otro se apareció mi hermana, quien comenzó a darme de zapes por tener las mesas vacías y los platos en las manos.

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Tecnológico de Monterrey.**

La verdad, no me importó su respuesta en lo más mínimo, pero volteé con el mayor sarcasmo extraído de mis retinas hacia el colosal y opaco menú que había colgado sobre la columna divisoria del local esa mañana.

De cualquier forma, nuestra madre bajó las escaleras con sus chinos tan finos, como todos los días. Esos chinos que me traumaron de infante, pero que, al paso de los años, me enseñaron la perfección de las cosas. A mi parecer, esos chinos fueron la mejor definición del dialecto más perfecto e inusual en mi mundo extraño. Un mundo basto de personas, más de las que hubiese deseado; tantos rostros conformaron aquel mundo, haciéndole parecer como si hubiese sido diseñado entre ojos, mejillas, labios y narices, mi parte favorita: la nariz. Creo que las limitantes de lo perfecto están en lo inusual de este, así es mi mundo; por eso atenúo mi definición de "estafa", aquella que "anhelaste de una mejor manera" y simplemente consigue ser lo que es: algo concluido.

—Puede ser que la mediocridad de mi vida sea la "estafa maestra" de la misma— digo tras acercarme con los chicos de la mesa cuatro. Después llegaron unos cuantos más a los que les di un intermitente intervalo de entre doce mil punto, cero, cero y dieciocho mil punto, cero, cero diezmilésimas de segundo para confirmar que era cómoda su concreta cimentación sobre las sillas de metal y piel cuarteada. Busqué que tuvieran la mejor experiencia. Para acumular más cesamiento de la productividad sobre mis mil cuatrocientos cuarenta minutos del día me deslengué del lavabo cuya única función era joder más y más mis manos— y me intrigué por la amplia pero sobrevalorada gama de posibilidades para romper el hielo que dividía a los clientes de mí. Los observé fijamente, quería recordar sus rostros de algún lugar, pero al no recordar nada, saqué mi libreta que, acompañada por mi pluma chorreada aquella que consiguió manchar con ligereza las puntas de mis hiponiquios en repetidas ocasiones para que en aquella me entusiasmara a cuestionar por lo que apetecerían aquel día.

La verdad, no me importó su respuesta en lo más mínimo, pero volteé con el mayor sarcasmo extraído de mis retinas hacia el colosal y opaco menú que había colgado sobre la columna divisoria del local esa mañana. Miré a aquel sujeto de una manera incauta mientras el resto de clientes observaron el gigantesco cartograma hallado sobre la columna. Juré conocer a aquel sujeto como a mi tío; pero de él no se hablaría, por lo que lo olvidé. Entonces se voltearon a ver y todos en conjunto me corearon.

—Será lo de siempre, Timmy. Irónicamente anoté "Lo de siempre, Timmy" sobre mi libreta y me alejé inquietamente detrás de mi madre. Esto para que al llegar con mi hermana, arrancara una hoja más de mi cuaderno y me la entregara consciente de que escucharía las letras:

—D-E-B-E-R-I-A-S-D-E-C-I-R-L-E-S-Q-U-E-T-Ú-N-O-M-B-R-E-N-O-E-S-T-I-M-M-Y.

Quizá haya un motivo para lo que vivo, algo debió producirlo, mas no recuerdo qué habrá sido, no recordaba en lo más mínimo cuándo comenzó y justo eso me hace precipitar su conclusión.

Volviendo a la anécdota; llegaron mis tías al comedor. Y quién diría que su sobrino favorito se acercaría a saludarlas para llevarse la sorpresa de una cachetada desatada por la mano de una mujer, a quien él recordaba cargándolo sobre sus hombros 22 años atrás. Para bien o para mal, quien intervino en dicha situación fue mi hermana, me zapeó y mencionó que no podría seguir en una rutina tan dañina como la que habituaba en aquel entonces.

Yo veía el rostro de "aquel" sobre el cuerpo de un viejo amigo que vivió una penitencia compartida a mi lado en tercer grado a la hora de detención. Al verlo, esperé algún movimiento comprobatorio de alguna conspiración cínica en la que él también haya rememorado. Y a pesar de que me esforcé en saludarlo, al acercarme a él tan solo obtuve la petición de una cuenta para pagar. Era alguien más, quizá. Me sentí decepcionado y olvidado; la verdad, en ese momento extrañé aquellos viejos tiempos cuando sólo se necesitaba saber la existencia de cuatro personas en mi abyecta vida. Sin embargo, todo cambió para bien o para mal.

Pues conforme el tiempo avanzó, los meses transcurrieron. Si al día de hoy le restamos ochocientos treinta y dos meses de los mil ciento cuarenta y siete que tengo de vida, nos encontraríamos con un "bonito" niño travieso, recién encaminado a realizar su tarea y cuyo enfrentamiento más aborrecible sería la noticia de que debería seccionar las letras del abecedario en un orden específico, referenciando a los nombramientos de los números, por ejemplo: S-I-E-T-E-M-I-L-D-O-S-C-I-E-N-T-O-S, que son la cantidad de segundos transcurridos entre mi pérdida redonda de excesivos pensamientos como mi conversación fugaz con mi excompañero en aquel día de

clases durante tercer grado de primaria, aquel con el que esperaba un reencuentro filmico, casi conmovedor; hasta el momento en que sucedió mi atentado.

El atentado que me hizo considerar la posibilidad de erradicar mi existencia.

Ya se habían ido mis tías del local y para aquel momento mi hermana seguía cocinando su tan deleitosa comida, mi madre contaba el dinero –casi tan bien como el cálculo que le realizaba a cada uno de los cabellos situados estratégicamente sobre su cabeza– y yo recién comenzaba a limpiar las mesas. Habituaba mi rutina de todos los días; me faltaba barrer el lugar y concluir con mi jornada. Creí que aquel día era normal, pero no lo era, era diferente; yo no era consciente y creo que no lo hubiera sido, hasta que él entró. Era un sujeto de gran porte con una estupenda hebilla de los Rockaline Turner's, me atrevo a decir que envidié su hebilla, debido a que la relucía con tremendo orgullo, más del que debió cargar, me pareció. Añadido a la hebilla, una gorra de los Diablos Rojos se asomaba sobre su cabeza –la gorra era azul– por lo que se podía adoptar como un claro mensaje de sátira. Como complemento de la situación, el caballero sostuvo a los costados de sus mejillas y bajo su nariz un bigote con creces pobladas que me transportaban a aquel acontecimiento, aquel deplorable y sumiso momento.

Aún no descubro de dónde se derivó tanta valentía o estupidez, la suficiente como para que “la persona de mayor necesidad paliativa en el ámbito de la sociabilidad se arrojara de un risco y descendiera hasta la implosión de un hombre gallardo”, un macho único que está dispuesto a enfrentarse a su asaltante. Aquel ser que consiguió impregnarle el temor y la incertidumbre de su prevalencia sobre la tierra. Sufría consecuencias por estar en el momento y lugar inoportunos. Con mi sudorosa presión, logré calcular que por doscientos veintidós segundos perdería la noción de lo que sería de mí, no tenían importancia esos instantes, no tenían prórroga alguna. Me mantuve fiel a mi proeza hasta esos instantes en que lo tuve frente a mí, frente a toda mi superación, frente a mi empoderamiento y frente a aquel tenedor de cuatro dientes afilados con una puntiaguda terminación en su parcialidad perfecta que, por azares de la vida, manipulé para que concluyera su historia impregnado al ras de sus tejidos carnosos y sublimes.

Comencé a sentir el pulsante chorro de sangre colisionando en la base sólida de mi puño apretado. No liberaba al tenedor. Esa sensación de desconocimiento convertido

a conocimiento me entregó la alopátia suficiente como para desear más sollozo. Nunca lo había sentido antes. Así fue que sujeté el tenedor para que mi presión al arrastrarlo –mientras se hallaba sumergido en un cruce de pieles y cueros– me otorgara la posibilidad de sancionar la movilidad de la mano que empuñó un arma amenazante, un arma que me consiguió aterrar tiempo atrás; un arma que me impartió temor, justo como nada lo había sentido antes. Esa arma había sido sujeta por el hombre frente a mí, estaba convencido de ello. Pues siempre supe que aquel hombre se arrepentiría de asaltarme, ya que comprendería cómo la violencia entrega más violencia. Aquel agresor mío, aquel forajido desdichado, aquel bandido amistoso, no era el hombre al que le había machacado la mano, me explicó detenidamente mi hermana.

Seguramente lo habré comenzado a vivir tras algún trauma en la cabeza o a consecuencia de alguna situación vil que haya transcurrido en mi vida –porque estoy seguro de que como infante no fui así– pero... no estoy bien. Padezco de un deterioro memorial que afecta los rostros de las personas y las memorias que he llegado a tener con ellas a lo largo de mi vida. Básicamente, esa es la razón de todos mis males, porque bien puedo confundir a una señora ajena con la tía que me cargó sobre sus brazos cuando yo tan solo fui un niño o bien puedo asociar a un simple sujeto con aquel cómplice que no me dejaría olvidar tercer grado de primaria. De la misma manera es que confundí a mi asaltante con la persona a la que debí haber atendido en el negocio familiar.

Hasta ahora esa fue la última vez que me pasó, y vaya que me hizo considerar y reflexionar cuántas cosas fueron posibles en el tiempo que he invertido sobre el mundo; quizá el tiempo que el mundo ha invertido sobre mí. De todas maneras, me siento en una posición estoica frente a ustedes, ahora que puedo mencionarles abiertamente tras tantas sesiones, lo que me sucede. Siendo acompañado por mis clásicas pero verosímiles anécdotas. Me disculpo certeramente por haberlos aterrado o preocupado con mi historia, pero haciendo los prejuicios a un lado, creo que mis decisiones han sido bastantes sabias. He logrado cerrar un ciclo. Fue bastante extenso y siento que se transformó el control que tenía sobre mí. Justo ahora, me sentiría de lo más excitado si es que tras haberles contado mi relato, lo único que oigo a mi costado es:

–Gracias Mark por abrirte con nosotros. Entonces aplaudiremos y continuaremos con el siguiente.

Seguramente lo habré comenzado a vivir tras algún trauma en la cabeza o a consecuencia de alguna situación vil que haya transcurrido en mi vida.